

VALENZUELA, Luisa. *Cortázar-Fuentes. Entrecruzamientos. Fuentes-Cortázar*. México: Alfaguara, 2014.

Luisa Valenzuela conjuga de manera feliz su pericia periodística y su sensibilidad literaria para ofrecer a los lectores cruces, convergencias y resonancias de dos figuras clave de lo que se dio a conocer como el Boom de la literatura latinoamericana durante los años sesenta: Julio Cortázar y Carlos Fuentes. Amiga y allegada a los dos, diseña el libro como quizá lo hubiera hecho el autor de *Rayuela*, con secciones breves a partir de un abecedario que salta de una categoría a otra y, no obstante, mantiene el hilo y el interés: “A-Entrada-el juego”, “B-Comienzos-Infancias-Adolescencias”; “C-Uno y otro”; “D-Cátedra”; etc. La relación entre Cortázar y Fuentes plasmada en este libro propone una ventana por donde los lectores pueden asomarse para no sólo comenzar a recorrer los puentes que tiende Valenzuela entre uno y otro escritor, sino también para conocer más a fondo detalles interesantes y algunos insospechados tanto de la vida como de la obra de Cortázar y de Fuentes.

A través de las *Cartas* de Cortázar (republicadas en el 2012 en cinco volúmenes) puede hacerse un rastreo de la relación entre ambos escritores. La primera mención a Fuentes es temprana, en febrero de 1956, con Cortázar ya en París, cuando indica que el cuento “Los buenos servicios” aparecerá en la *Revista Mexicana de Literatura* dirigida por el escritor mexicano (*Cartas*, vol. 2, p. 82); en marzo de ese mismo año Cortázar le cuenta a Damián Bayón que Fuentes es “gran hinchia mío” (vol. 2, p. 85) y en mayo de 1957 nos enteramos que “El perseguidor” también vio la luz en la misma revista (vol. 2, p. 126). Cortázar envía, que sepamos, una sola carta a Fuentes, el 7 de setiembre de 1958. Fuentes, en “Veinte años sin Julio”, afirma que esa fue “la carta más estimulante que recibí” y remata: “Mi carrera literaria le debe a Julio ese impulso inicial” (p. 9). La lectura que hace Cortázar de *La región más transparente*, primera novela de Fuentes, es intensa. Por un lado, critica la “mexicanidad” de la novela, que cuenta cosas “muy difíciles para los no mexicanos”, pero, sin embargo, dice, “leyendo su novela, he subrayado centenares de pasajes, y he escrito al lado: ‘Argentina’”, con lo cual afirma la comunidad en la visión de algunos escritores latinoamericanos de ese momento. Por otro lado, el autor de *Rayuela* también habla de la “magnitud” de *La región más transparente* y también de su compleja estructura que provoca “no poca fatiga”; sin embargo, elogia la confección de los personajes y los diálogos “que son verdaderos diálogos”. Aunque, dice Cortázar, “me queda de México una idea terrible, negra, espesa y perfumada”, gracias a la novela de Fuentes, “tengo más ganas que nunca de conocer su país” (vol. 2, pp. 166-169).

En carta del 27 de octubre de 1961 a la crítica argentina afincada en México Emma Susana Speratti Piñero, Cortázar da fe del primer encuentro con Fuentes en 1960 en París: “[T]uve mucho gusto en conocerlo y charlar un par de horas con él. Me pareció inteligentísimo y sensible, lleno de fervor y de fuerza” (vol. 2, p. 256).

Mucho tiempo después, Fuentes rememoraría con ternura ese encuentro en su artículo “Veinte años sin Julio: “Verlo por primera vez era una sorpresa. En mi memoria, entonces, sólo había una foto vieja, publicada en número de aniversario de la revista *Sur*, un señor viejo con gruesos lentes, cara delgada, el pelo sumamente aplacado por la gomina, vestido de negro y con un aspecto prohibitivo, similar al del fatídico personaje de los dibujos llamados *Fúlmine*. El muchacho que salió a recibirme era seguramente el hijo de aquel sombrío colaborador de *Sur*: un joven desmelenado, pecoso, lampiño, desgarrado, con pantalones de dril y camisa de manga corta, abierta en el cuello; un rostro, entonces, de no más de veinte años, animado por una carcajada honda, una mirada verde, inocente, de ojos infinitamente largos y separados y dos cejas sagaces, tejidas entre sí, dispuestas a lanzarle una maldición cervantina a todo el que se atreviese a violar la pureza de su mirada.

—Pibe, quiero ver a tu papá.

—Soy yo” (p. 10).

En *Cortázar-Fuentes. Entrecruzamientos. Fuentes-Cortázar*, Valenzuela recorre muchas de estas menciones y anécdotas, hilando una gran cantidad de información y aunando a ello su intuición literaria y su conocimiento personal de ambos autores para proponer un trabajo de “espeleología, un fisgoneo por las cavernas de la imaginación...” (p. 21). Así, nos enteramos de que ambos tenían novelas en proceso cuando los sorprendió la muerte (la de Cortázar se llamaría *Libro de la perfecta geometría*; la de Fuentes se publicó póstumamente). Recorremos con Valenzuela infancia y adolescencia de ambos escritores. Nos enteramos de lo que se dijo de Cortázar al inaugurarse la Cátedra Julio Cortázar el 12 de octubre de 1994 en la Universidad de Guadalajara. Hurgamos junto a Valenzuela en los recuerdos escolares de Cortázar y también aprendemos que la escritora argentina, a partir de su lectura de la novela póstuma *Federico en su balcón* (2012), propone que la literatura de Fuentes “siempre se vio iluminada, a consciencia o no tanto, por la filosofía de Nietzsche” (p. 103). Volvemos a los cuentos y a las novelas de uno y de otro para establecer comparaciones (las atmósferas de posesión mágica en los relatos tempranos; el vehículo de la novela para darle la oportunidad a “lo no dicho”, p. 150). Valenzuela sugiere la utilización de metáforas para enfocarse la literatura de ambos —el puente para Julio; los dobles para Carlos— y también se ocupa de la obsesión de los dos escritores con el tiempo: “Si para Fuentes el tiempo es multiplicidad y eventual sobreimpresión, para Cortázar el tiempo parecería ser elástico y/o torsado como cinta de Moebius” (p. 181). También se marca la relación de los dos con el director de cine español Luis Buñuel a partir de un fabuloso proyecto no realizado, un tríptico que Buñuel quería filmar con la novela *Gradiva*, del austriaco Wilhem Jensen, *Aura* y “Las ménades”, del propio Cortázar, quien en una de sus cartas dice al enterarse: “se me cayeron literalmente las medias” (vol. 2, p. 314). Hay, además, apartados para personajes reales, pintores y caracoles, presencias en la obra del argentino y del mexicano.

Para destacar de esta aventura que es *Cortázar-Fuentes. Entrecruzamientos. Fuentes-Cortázar* hay cuatro “casillas”, como las llama su autora. En “E-Hermanas”, Valenzuela se ocupa de la hermana menor de Cortázar (Ofelia) y de la de Fuentes (Berta). Esta última publicó dos novelas; Ofelia quedó viuda rápidamente y Cortázar la menciona poco en su correspondencia (hay una carta donde dice que ha recibido noticias de un intento de suicidio por parte de su hermana). En “F-Encuentros”, es la misma Valenzuela quien comparte con los lectores sus encuentros con Fuentes y con Cortázar; esta es la parte más íntima del recorrido. Hay una maravillosa casilla, “J-Zihuatanejo” donde se detiene en el *Cuaderno de Zihuatanejo* de Cortázar, escrito en 1980 y publicado en 1997. Dice la escritora: “Se perfilaba entonces, en 1980, el primer paso de una elaboración onírica aplazada y por entregas, inaugural aproximación a la obra perfecta, inescrible, que fue el último sueño recurrente. En Zihuatanejo, al borde de dos océanos, el Pacífico y el Otro, es decir el inconsciente” (p. 111). Finalmente, destaca de este libro el apartado “L-Fronteras”, en el cual aparecen los viajes, los tránsitos, las geografías del desplazamiento: Panamá-Washington-Buenos Aires-México para Fuentes; Bruselas-Buenos Aires-París, para Cortázar. Pero hay también otros espacios: India, Cuba, México en los dos.

La relación entre Julio Cortázar y Carlos Fuentes fue de respeto, cariño y, sobre todo, lectura. Fuentes dijo que *Rayuela* era algo así como el *Ulises* hispanoamericano y Cortázar le dedicó (como se lo dedicara a Juan José Arreola) el más alto adjetivo calificativo de su diccionario al escritor mexicano: “Si vas a México”, le escribe al traductor de *Rayuela* Gregory Rabassa el 12 agosto de 1965, “espero que conozcas a Carlos Fuentes, que es un gran cronopio” (vol. 3, p. 154). El gran juego que propone Luisa Valenzuela en este libro es volver a estos dos escritores y entablar una conversación con su vida y su obra, como la que ella entabla en las páginas final de su volumen. En suma: entrar y nunca salir de este “laberinto espiralado” (p. 255).¹

Pablo BRESCIA
University of South Florida

¹ Julio Cortázar. *Cartas*. 5 vols. Eds. Aurora Bernárdez y Carles Álvarez Garriga. Buenos Aires: Alfaguara, 2012. / Carlos Fuentes, “Veinte años sin Julio”, *Revista de la Universidad de México*, Nueva época, nº 1 (2004), pp. 9-12.